
Las ofrendas de gratitud

Heber Toth Armí ¹

La ofrenda no es el diezmo, ni el diezmo es una ofrenda. Cada uno difiere del otro. Pero ambos deben ser entregados a Dios. El diezmo alude a nuestra fidelidad en aquello que Dios nos pide en relación a los ingresos que recibimos como resultado de las bendiciones divinas. Y la ofrenda está relacionado a nuestra gratitud por las dádivas que alcanzamos durante nuestra existencia.

Los diezmos y las ofrendas no son primariamente una cuestión de economía eclesiástica, ni están relacionados con meros asuntos financieros de la iglesia. Por encima de todo, son cuestiones individuales y espirituales. Dios no es avaro, ambicioso, ni codicioso como para estar pidiendo diezmos y ofrendas. Por el contrario, Él es amante y generoso. Por eso da bendiciones a pecadores que no las merecen. Su mayor don fue el su Amado Hijo para pagar el precio de nuestros pecados.

Si Dios quisiera nuestro dinero, Él no pediría sólo el diezmo y las ofrendas. Exigiría el 90 por ciento y nos dejaría a nosotros el 10 por ciento restante. Entonces, el Señor diría: “El justo vivirá por la fe” (Hechos 2:4). ¡Pero esa no es la manera en cómo actúa!

Su plan con los diezmos y las ofrendas no tiene el propósito de perjudicarnos, sino el de beneficiarnos. Él desea que lo reconozcamos como el Dador y quiere desarrollar en nosotros un carácter semejante al de Él. Cuando lo permitamos, tendremos un corazón en armonía con el suyo y el resultado será evidente. “Aquellas iglesias que son más sistemáticas y generosas en sostener la causa de Dios, son las más prósperas espiritualmente. La verdadera generosidad del que sigue a Cristo identifica su interés con el Maestro”. ²

Además, la mayordomía no se resume en los diezmos y las ofrendas. Durante este trimestre, sólo en dos semanas hemos estudiado acerca de los diezmos. Y sobre las ofrendas, sólo nos concentramos en esta semana. De las trece lecciones de la *Guía de estudio de la Biblia* del primer trimestre de 2018, sólo tres encaran el tema de los diezmos y las ofrendas. Las diez restantes presentan otros temas que abarcan la mayordomía cristiana bíblica.

¹ El pastor Heber Toth Armí, se graduó en Teología en 2005. Concluyó una Maestría en Teología en 2016. Actualmente es pastor distrital en Fraiburgo, estado de Santa Catarina, en Brasil.

² Elena G. de White, *Joyas de los testimonios*, tomo 1, p. 386.

Siendo el dueño de toda la plata y el oro (Hageo 2:8), “el Señor no necesita nuestras ofrendas. No podemos enriquecerlo con nuestros donativos”.³ Podemos enriquecernos con los recursos de Dios, de lo que Él nos permita tener (Deuteronomio 8:17, 18; 1 Crónicas 29:12). Entonces, el acto de ofrendar “es la única manera posible como podemos manifestar nuestra gratitud y nuestro amor a Dios, porque él no ha provisto ninguna otra”.⁴

Dar a Dios de aquello que hemos recibido de su Mano (1 Crónicas 29:11-14) tiene propósitos más nobles de los que podemos imaginar. “Nuestro Padre celestial no creó el plan de la benevolencia sistemática para enriquecerse, sino para que fuese una gran bendición para el hombre. Vio que este sistema de beneficencia era precisamente lo que el hombre necesitaba”.⁵ La fe es puesta en acción cuando con gratitud ofrendamos al Señor, entonces, el carácter es moldeado por el carácter divino.

Reflexiona y conserva en tu corazón cada una de estas verdades:

1. El Señor del Universo es nuestro Modelo de Dador. Todo lo bueno que gozamos proviene de Él, y gratuitamente. Él desea proyectar su generoso y benevolente carácter en sus hijos, para que, como buenos mayordomos, reflejen su carácter al mundo. Para ello, su principal estrategia es el sistema de ofrendas de gratitud, la cual damos de corazón. Para las ofrendas, Dios no estipula valores ni porcentajes, porque deben ser motivadas por la gratitud. Además, debemos ofrecer a Jesús lo mejor (Éxodo 25:2; Juan 12:1-8).
2. El incrédulo pone su corazón en este efímero mundo, pero el cristiano lo hace en el Reino eterno. Los mayordomos de Dios que actúan conforme a las sabias enseñanzas de Cristo utilizan los recursos materiales o naturales provistos por el Creador para reunir tesoros celestiales. El esfuerzo para hacer avanzar el Reino de Dios y promover el amor divina mediante la práctica del bien a los necesitados resultará en un tesoro en el Cielo. El tesoro serán las personas salvadas por el amor de Dios expresado a través de nuestros actos. Y eso no se hace con diezmos, sino con el noventa por ciento del salario restante (Mateo 6:19-21; 25:31-46; Colosenses 3:1, 2; Hebreos 10:34).
3. El mayordomo de Dios se convierte en un conducto de su gracia en el mundo desde el momento de su conversión. Al hacerse cristiano, percibe que Cristo es la mayor gracia concedida por el Cielo a los pecadores. Entonces, liberado del egoísmo, se vale de todos los medios y recursos posibles para compartir esa gracia a las multitudes que están en la desgracia del pecado (2 Corintios 8:9; Efesios 2:8; 1 Pedro 1:9; 4:10).
4. La gratitud por las bendiciones (ya sean materiales o espirituales, especialmente el perdón y la salvación) deben ser la verdadera motivación de la generosidad manifestada a través de las ofrendas de los mayordomos fieles, no la obligación

³ White, *The Review and Herald*, 6 de diciembre de 1887; citado en *Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 20.

⁴ *Ibíd.*

⁵ White, *Joyas de los testimonios*, tomo 1, p. 385.

de hacerlo, porque la iglesia tiene sus gastos y necesidades de manutención (Lucas 7:37-48; Éxodo 34:26; Levítico 22:19-24; Números 18:29).

5. Una ofrenda, sea pequeña o grande, sólo tiene real valor para el Señor cuando esté empapada de amor por el soberano Dador. Si nuestras ofrendas están siendo motivadas por el amor a las bendiciones y no por el amor a Aquél que nos ha bendecido, estarán manchadas de egoísmo. Y Dios no quiere esa mancha en el carácter de sus mayordomos (Lucas 21:1-4; 1 Corintios 4:5; 2 Corintios 8:8-15).
6. El mayordomo que dona generosos ofrendas con gozo y por amor al Salvador tiene el privilegio de experimentar los sentimientos divinos de altruismo, en vez del veneno del egoísmo. Dando de manera libre y liberalmente, el mayordomo deja de reflejar el carácter del pecado y su autor, y pasa a reflejar el carácter del Salvador, que entregó su vida en la cruz para liberar al pecador de las garras del mal, de la culpa y la condenación (2 Corintios 9:6, 7; Proverbios 11:24).
7. El mayordomo dedicado es un genuino adorador consagrado. Él entrega su corazón al ofrendar al Salvador y entrega sus ofrendas con alegría, de manera sistemática, proporcional a sus ingresos, porque esta es la única manera de demostrar que su corazón desborda de gratitud por todo lo que Dios ha hecho en él. Así, también demuestra fe en sus promesas (Juan 3:16; Lucas 11:13).

El mayordomo feliz es aquél que no ofrenda por obligación, sino voluntariamente por gratitud. El siervo generoso no es aquél que ofrenda grandes montos de dinero, sino el que gozosamente se entrega completamente a Cristo. El mayordomo satisfecho no es aquél que usa los recursos de Dios para su propia gloria, sino para glorificar al Señor que le ha concedido no sólo el privilegio de ser su mayordomo, sino que le ha confiado valiosos recursos. El mayordomo fiel es aquél que vive para representar en la tierra el carácter generoso de su Señor que está en el Cielo.

Por lo tanto, conforme lo aseverado por Warren W. Wiersbe, “ofrendar no es algo que *hacemos*, sino algo que *somos*. Es un estilo de vida para el cristiano que comprende la gracia de Dios”.⁶ De este modo, ofrendar no tiene que ver con el monto de nuestro salario, ni con la cantidad de dinero que podamos tener, sino con el tamaño de la gratitud que tengamos en el corazón.



Traducción: *Rolando Chuquimia*
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

⁶ W. W. Wiersbe. *Comentário Bíblico Expositivo: Novo Testamento*, tomo 1, p. 864.
Recursos Escuela Sabática ©